

Necrológica

Maite Amare Tafalla, *in memoriam*



Ha transcurrido algún tiempo desde la súbita desaparición de nuestro paisaje familiar, del equilibrio estructural que todos tenemos, hecho de presencias, personas, elementos, cosas y hasta ideas, de la figura de nuestra alumna, discípula y amiga, extensión de la familia real en esa más extensa que crean los vínculos, que fue María Teresa Amaré Tafalla. Sencillamente Maite, aunque tal vez el de sencillo sea uno de los adjetivos que menos le cuadren a su figura enérgica, compleja, amistosa o distante, con esa distancia que ella sabía poner a las situaciones cuando quería, aunque la separación física fuera tan sólo de escasos centímetros.

Vuelve a ser un compromiso, voluntariamente aceptado, tal vez nadie mejor para hacerlo, aunque esta no se tome con afirmación pretenciosa por mi parte sino porque la larga permanencia de ambos en proximidad, muchas veces sin decir nada porque los silencios son mas estruendosos que las más acaloradas discusiones, nos permitió a ambos, primero a cada lado de la red académica a modo de barrera ilusoria mas que adminis-

trativa y luego al mismo lado de ella, cuando recibió con honores el documento público que la acreditaba primero como licenciada en Filosofía y Letras (sección Historia), de las de antes y luego como doctora en la misma disciplina académica, mi primera doctora.

Sus ojos escrutadores, bajo un flequillo cuadrado me acompañaron siempre y siempre lo harán en la imagen imborrable de la retina, lo mismo que esa letra menuda y ordenada, esas líneas imperturbables, rectas y de igual longitud y espaciado, como los márgenes de las hojas escritas, entonces folios, que no necesitaron jamás de un tabulador, ni una regla de cálculo, para precisar una exactitud matemática y milimétrica; enmarcado su discurso escrito con caligrafía de colegio antiguo, en una figura geométrica rectangular de ángulos cuidadosamente rectos en cuya superficie se podía explicar una buena retaila de principios de la geometría y del cálculo de los antiguos griegos.

Así era Maite, monosilábica cuando no era necesaria más elocuencia o pródiga en avalancha verbal en el momento que consideraba oportuno defender, rebatir o apoyar alguna de sus ideas que solían ser ajustadas y muy meditadas, casi rumiadas antes de ponerlas delante de uno. Disfrutar y sufrir a una persona de estas características era un todo único, se aceptaba como hoy recibimos un paquete integrado de software para nuestro ordenador, no había medias tintas ni posibilidad de escoger una parte por el todo. Aunque lo intentases una ladina actitud casi extrasensorial, un sexto sentido muy agudo, era capaz de poner las cosas en su sitio, cuando de trabajo se trataba, para evitar disquisiciones, desvíos o pérdidas de tiempo innecesarias. La única excepción era la posibilidad de tomarse una o dos cervezas, momento en el que Maite descendía del Olimpo particular y se transmutaba en la otra Maite, la cercana, la afectiva, la que era capaz de poner orden en una excavación cuando el caos amenazaba, que eran muchas veces, sobre todo en épocas de carestía en las que alargar cuatro pesetas hasta el duro se convertía en tarea rutinaria contribuyendo, no a crispar el ambiente sino todo lo contrario, a acercar a las personas, que las dificultades unen sobremanera y ella lo percibía con una naturalidad rayana en el estoicismo.

Una investigadora metódica con una sólida formación fruto de haber leído mucho y bien y de conocer las lenguas clásicas y las modernas hasta donde necesitaba para su trabajo y aún más por capri-

cho o curiosidad, como le ocurrió con el ruso, o evitando con todo tipo de argucias enfrentarse a la que no le divertía en absoluto aunque fuese necesaria para su trabajo.

La joven disciplinada fue acumulando distinciones, como consecuencia de un expediente inmejorable, el mejor hasta entonces de nuestra Facultad en términos absolutos. Nunca se vió una cascada de matrículas como la suya, lo que acarreó becas, premios y distinciones acogidas con naturalidad y sin alharacas. Luego vino la diáspora, Córdoba, León, donde asentó sus reales y tras haber hecho sus armas arqueológicas en Bilbilis, en Ategua, en Algeciras, en Cavoli (Cerdeña) entre otros lugares, con nuestro equipo, debió enfrentarse a poner orden en el caos leonés identificado con Astorga saliendo airosa de la empresa y ahí están la publicaciones para demostrarlo.

Madre de familia con una hija que ha heredado la personalidad de sus progenitores y sus propios genes mutados en un sentido personal de la independencia y la rebeldía. Esposa de catedrático de Arqueología, Jesús Liz, también salido de la misma escuela y "familia" arqueológica y académica y compañero silencioso, eficaz en llevar con sutileza asturiano-aragonesa las riendas familiares con el tino y tacto que requiere hacerlo intermitentemente, cuando los puestos de trabajo nos separan físicamente unos centenares de kilómetros, aspecto éste no siempre comprendido nada más que por los que hemos atravesado situaciones similares.

Maite fue parte y todo de un grupo académico, de una familia arqueológica, de una relación alumna maestro ejemplar por lo equilibrada y, finalmente, de su propio entorno familiar próximo y lejano. Siempre punto de referencia, siempre dispuesta a atender a los demás, menos por correo electrónico, tecnología que suponemos que odiaba porque fue incapaz de utilizarla, por razones que desconocemos y que se llevó prematuramente al más allá junto a su tipología de lucernas y sus repertorios iconográficos, para hacer tertulia con sus predecesores en el estudio de tan interesantes y útiles adminículos que como ella dan luz cuando se necesita, pero una luz discreta, sin deslumbrar y sin irritar a los ojos. Maite, donde estés no olvides reponer el aceite de nuestras lucernas vitales, aunque que dislate, recordarle una obligación a quién la disciplina y el orden eran consustanciales. Así era Maite, mi Maite, nuestra Maite Amaré Tafalla y así nos gusta recordarte desde tu Zaragoza natal y desde tu vieja y ya decrepita Facultad, que nos dicen tiene que durar muchos años más en las mismas o parecidas circunstancias, que cruz.

Por Manuel Martín-Bueno, *magister et amicvs*